



★
REGIÓN DE ATACAMA

Amigos magallánicos por Siempre

Isabel Cristina Livacic Sáez

Un día andaba un pingüino nadando solo y perdido. De repente, llegó a la orilla de una playa desconocida. Justo ahí estaban dos perros ovejeros haciendo su trabajo: guiar ovejas. Uno de los perros vio al pingüino que estaba perdido. Decidió ir a ayudarlo. El pingüino, con cara asustada, lo miró y le dijo:

—¿Me puede decir cómo volver a mi casa?

—Claro, pero dime por dónde está tu casa —contestó el perro.

El pingüino se puso al lado del perro y con su pico le indicó hacia donde estaba su casa. Lamentablemente, el camino se veía difícil de recorrer; al parecer el pingüino había nadado muchos kilómetros hasta llegar a esa playa, sin saber cómo había atravesado tanto mar. El perro quiso tomar una ruta más fácil, pero también más larga. Entonces, siguieron el camino. Pasito a pasito fueron avanzando, mientras encontraban algo de comida en el camino. Se hizo de noche y tuvieron que dormir. El perro se acostó para descansar y el pingüino se puso a su lado, para dormir protegido.

Durante todo su andar, sin que ellos se dieran cuenta, un pequeño puma que se había arrancado para disfrutar una que otra aventura, los había estado siguiendo sigilosamente. De repente, cuando el perro y el pingüino despertaron, se encontraron con la mirada curiosa y penetrante del pequeño felino. El puma les dijo:

—¡Hola! ¿Qué están haciendo aquí?

—Me he perdido y mi amigo perruno me está ayudando a regresar a mi casa, junto a mi familia —respondió el pingüino.

—¿Y hacia dónde van? Que yo sepa, los pingüinos como tú viven del otro lado de este campo —dijo el puma.

—¡Oh! ¡Hemos estado caminando en sentido contrario entonces! —agregó el perro—. Muchas gracias. Tendremos que recorrer todo nuevamente, pero al revés.

El pingüino, que no estaba acostumbrado a recorrer largas distancias con sus cortas patitas, se sentía muy cansado, y dijo con voz triste:

—Yo creo que no podré recorrer tanto camino, no sé cómo podré volver a mi casa.

Entonces, el pequeño puma divisó entre los árboles una rama de coigüe caída, y se le ocurrió una maravillosa idea.

—Podemos llevar al pingüinito en una hamaca de coigüe, agarrada por nuestros hocicos, amigo perro.

Para subir al pingüino a la rama de coigüe, ambos animalitos, el puma y el perro, tuvieron que empujar con sus narices a su magallánico amigo, para ayudarlo. Luego, cada uno tomó con sus dientes un extremo de la rama y la levantaron para caminar con ella llevando a su alado compañero a cuestas. Repentinamente, vieron acercarse a un gran felino por entre los árboles.

—¡Es mi mamá! —exclamó el pequeño puma—. Se dará cuenta de que me escapé y me va a castigar. ¡Escondámonos!

Entonces, ocultaron al pingüino en una cueva entre las rocas y el hielo, mientras ellos se camuflaron entre las ramas de los fríos arbustos que pudieron encontrar.

En un momento, la madre del pequeño puma los encontró.

—¡¿Qué haces aquí?! ¡Te he estado buscando todo el día! —dijo la mamá puma.

—Em... Mami... es que...

—Aaah, pero qué bien, ¡encontraste tu cena! —agregó la madre al encontrar la cueva donde se refugiaba el pingüino.

—¡No, mami! ¡Es mi amigo! —dijo el puma.

—Señora, disculpe las molestias, pero este pingüino es nuestro amigo y tenemos que llevarlo a su hogar. Además, yo creo que sabe muy horrible, su carne es dura, no creo que le guste, *guácala* — dijo el perro.

La madre puma se largó a reír.

—Está bien. Siempre he entendido tus instintos amigables, hijo. ¿Este pingüino está perdido? Puedo ayudarlos. Pero no podemos contarle a tu hermano ni a tu padre, porque sabes lo que pasaría... — culminó la madre.

—¡Gracias, mamita! —dijo el pequeño puma.

Los cuatro animales decidieron emprender su viaje para llegar al hogar del pingüinito. La mamá puma conocía muy bien los caminos y escogió el más fácil y corto. Para proteger a los pequeños, ella avanzaba un poco y luego retrocedía, para así ir vigilando los posibles peligros. En un momento, la mamá puma les advirtió:

—Tengo que avisarles que este camino es fácil y corto, pero habrá una dificultad: cruzar este río. No es tan profundo, pero sus aguas son rápidas y hay muchas rocas en el fondo, así que tendremos mucho cuidado. Seguirán todas mis instrucciones.

—¡Sí! —respondieron los tres pequeños al unísono.

Luego de unos minutos y siguiendo cada una de las indicaciones de mamá puma, lograron cruzar el río y llegaron al hogar del pequeño pingüino. Entonces, la mamá puma les dijo:

—Ya deben despedirse, niños... Si los demás pingüinos nos ven, pensarán que somos una amenaza para ellos, así que debemos separarnos aquí. Tú, pequeño pingüino, podrás avanzar unos metros y abrazarás a tu familia.

En ese momento, el pingüinito corrió con sus cortas patitas hacia los brazos de su mamá, lo más rápido que pudo. Su madre lo recibió con cariño y asombro, lágrimas en los ojos y millones de preguntas que el pequeño pingüino no pudo responder, de tanta emoción y alegría.

El perro, el pequeño puma y su mamá volvieron a sus hogares, contentos de haber podido ayudar a su amigo, pero con tristeza de haberse despedido. Podrán, seguramente, encontrarse de nuevo entre coigües, campos y hielo.

Isabel Cristina Livacic Sáez
9 años
Copiapó
Tercer lugar regional